

¡VAMOS A CONTAR MENTIRAS!

El niño se despertó por la mañana diciendo en voz alta:

—Anoche he oído al diablo en el desván.

Los componentes del grupo familiar reaccionaron de un modo bastante uniforme, aunque con sus diferencias de humor y según sus particulares opiniones acerca de la gravedad del caso:

La mamá dijo: —Los niños buenos no dicen mentiras.

El papá dijo: —En el colegio se lo cuentas al profesor de Religión, a ver lo que te dice.

La tía que le vio nacer, dijo: —Te van a salir manchitas blancas en las uñas.

Finalmente la criada dijo en voz muy baja para que nadie, sino el niño, pudiera oírlo: —¿Lo ves? Ya te lo advertí.

Porque, en efecto, la criada le había dicho que si no se tomaba el baño y la cena y se iba pronto a la cama, iba a venir el demonio con sus cuernos de chivo para llevárselo a su fogón particular en el infierno.

El niño, a pesar de todo, tomó su baño a regañadientes, echando el agua fuera de la bañera; no quiso terminar la cena y se fue a la cama llorando porque no le dejaron sentarse un rato delante de la Tele. Y esta noche, naturalmente, el diablo, entró en la casa y el niño asegura que oyó sus pezuñas en el desván.

¿Y eso qué tiene de raro?

¿No es cierto que existe el diablo?

¿No le han dicho al niño que ciertas noches y bajo ciertas condiciones, el diablo acude a los sitios donde se le llama?

Las reacciones del grupo familiar, en este caso, resultan un tanto inconsecuentes. Además, esas reacciones es-

tán demostrando que la familia olvida unas cuantas cosas de sentido común, por ejemplo:

— que el niño todavía es capaz de tomarse en serio las cosas que inventan para él las personas mayores.

— que el niño tiene una imaginación y una sensibilidad especialísimamente fabricados para dar cuerpo y alas a esos inventos.

— que, según los entendidos en pedagogía, el niño necesita emplear a diario esa imaginación; y que es bastante normal que el niño se invente un misterioso mundo particular a base de lo que ve, lo que oye, lo que desea, lo que teme y lo que sueña...

— Sólo es capaz de mentir aquel que ha descubierto la autonomía de su conciencia.

— Hay educadores puritanos que reprenden severamente al niño y no dudan en cargar las tintas sobre la fealdad moral de lo que ellos conciben como mentira, sin pararse en pensar en las características del pensamiento infantil en esta edad.

El segundo error de la familia consiste en haber pronunciado la palabra "mentira", antes de haberse

preocupado de formular, al revés, la pregunta de Pilato:

—¿Y qué es la mentira?

El tercer error —sin ánimo de molestar por la insistencia— está en no haberse preocupado de conocer y aceptar algunos datos de investigación psico-pedagógica que podrían ayudarles a esclarecer ciertos puntos de la conducta del niño.

Helos aquí:

— Estas primeras etapas de la vida del niño están dominadas por el "pensamiento mágico", que es una forma normal del pensamiento en esta edad.

— En los niños pequeños, funciona constantemente la facultad de fabulación, es decir, la facultad que les permite no sólo deformar la realidad sino crearla a imagen y semejanza de su fantasía.

El niño habla de sus sueños y sus imaginaciones como de cosas que le han sucedido la vispera; personifica y vive la realidad de sus juegos; nos cuenta, como si hubiera sido testigo de ellas, escenas que sólo existen en su imaginación.

— El niño tarda en establecer una frontera crítica entre lo real y lo imaginario; flota en medio de esos dos polos, va del uno al otro sin posibilidad de someter a crítica su movimiento oscilatorio.

Entre lo que el niño sabe, conoce, experimenta... y todo aquello que él ha vivido imaginativamente, la frontera es muy delgada. Pasa fácilmente de un mundo al otro. Y el mundo que él se ha creado está mucho más cerca de sus intereses personales que el aburrido mundo de los adultos con sus exigencias y sus limitaciones.



— El niño, tan imaginativo y sensible, encuentra en sí mismo tal exigencia de actividad que necesita sobrepasar los estrechos límites de lo real y vivir instalado en el sueño. El juego no es más que un sueño que se vive.

— Saber que lo que se dice es lo contrario de la verdad, no implica necesariamente la conciencia de que eso está mal.

— Lo primero, lo puede descubrir el niño a medida que su sentido de observación y de crítica se desarrolle.

— Lo segundo, el juicio moral sobre esa disociación entre lo que dice y lo que debiera decir para ser sincero, necesita una cierta madurez de razón, de libertad y de conciencia.

— El niño carece del sentido de la objetividad, es decir, de la exigencia de un ajuste perfecto entre la realidad, la representación de esa realidad y las afirmaciones del niño sobre esa representación.

Con estos datos a la vista, no vendría mal un repaso general de nuestras ideas acerca de eso que llamamos "mentiras" de los niños.

¿Existe alguna razón para que nos escandalicemos de que el mundo imaginado por ellos les parezca más real —y por supuesto, más apetecible— que nuestro mundo de cada día?

¿Es inmoral que sus mecanismos de defensa y su poder de creatividad les obliguen a despegar, con cierta frecuencia, hacia el planeta fantástico en el que no ocurren las cosas desagradables que les duelen en el nuestro?

Hace algunos años, hemos visto una película, tierna, divertida, risueñamente desesperada: "Milagro en Milán". Los desheredados de la fortuna, las gentes con hambre, los mendigos milaneses... volaban montados en escobas hacia un país extraño en el que "buenos días" significara verdaderamente "buenos días"; un país que sus necesidades perentorias les habían hecho largamente imaginar. La facultad fabuladora trabajaba aquí a todo rendimiento.

Ocurre, además, que en cualquier punto de la tierra hoy siempre un niño que llora delante de un perro muerto y que sueña con un hermoso mundo en el que los perros puedan pasear a sus anchas sin que los atropellen los automóviles.

El niño puede llegar a pensar que ese mundo existe; el niño puede incluso decirnos que ha estado allí una tarde entera paseando con su perro.

¿Será conveniente que el severo preceptor le reprenda con dureza y pronuncie el juicio moral inflexible: "¡Mentiral..." cada vez que el niño incurra en uno de estos "vacíos" de la realidad?

La pedagogía parece bastante de acuerdo en opinar que al niño no se

le debe arrancar violentamente de ese estadio que le es connatural, sino que se le debe ayudar a un desplazamiento progresivo. La madurez nunca es un salto brusco sino un proceso lento.

El método, por tanto, no consiste en desmentirle brutalmente; eso le causaría, cuando menos, algunas inquietudes inútiles.

Hay que enseñarle, con calma, a discernir lo que es verosímil de lo que no lo es; lo que es imposible y lo que no lo es; lo que es probable y lo que ni siquiera es posible.

Habría que ayudarle a controlar sus afirmaciones teniendo los hechos a la vista, llevándole a buscar el acuerdo entre lo que el niño acaba de decir y lo que, en la realidad, acaba de suceder.

Esta manera de puntualizar, delicadamente hecha, puede ayudar al niño a descubrir por sí mismo a qué mundo pertenece aquello que perciben sus sentidos o ronda por los pasillos secretos de su sensibilidad.

El niño que repite alguna de las mentiras oídas en familia ¿tiene siempre conciencia de que no debe hacerlo?

¿Sabe que mentir está tan mal en un niño como en un adulto?